

La retórica del poder en Franco (1939-1945)

Discurso político y afirmación autoritaria

José Jesús Sanmartín Pardo
Universidad de Alicante

Introducción

La merecida fama de Franco como pésimo orador ha oscurecido su vocación persuasora y, sobre todo, disuasora, que ejerció sobre la sociedad a través de un discurso político manifestado como afirmación autoritaria. Junto a los mecanismos coactivos puramente físicos y materiales, Franco también pergeñó un mensaje particularmente sinuoso, y contundente, respecto al porvenir de los españoles, donde la ausencia del “Caudillo” equivalía a la pérdida del principio de civilización. Desde el axioma excluyente que transmitía la idea tóxica de que sin Franco, no había futuro, el dictador edificó su poder sobre la concentración de potestades y su autoimpostación como arbitro supremo –y neutral- de las diferentes corrientes ideológicas que gravitaban alrededor del Movimiento Nacional. Francisco Franco logró instalarse en una provechosa intersección donde convergían –y él remansaba- las eventuales alternativas internas que pudieran surgir a su poder. De la debilidad hizo su fuerza, pues el aumento de poder en el recorrido que hizo de 1939 a 1945 demostraba una capacidad maquiavélica para manipular a unos, y contener a otros, presentándose ante todos como el único que podía garantizar el mantenimiento de un statu quo donde falangistas, tradicionalistas o conservadores, tuviesen un lugar bajo el sol. La retórica política empleada en esos años ofrece un Franco tangencialmente pragmático: apelaciones a la victoria militar, pero también a la paz; defensa de una política de engrandecimiento idealista de España, pero atento a publicitar las obras e infraestructuras emprendidas por su Gobierno como medio de mejorar la calidad de vida de los españoles, etc. Franco hace cosas a favor del pueblo; esta fue la imagen que se esforzó en propalar en esos primeros años, con cierta ansiedad política para él pues necesitaba lograr apoyos más allá de los puramente institucionales. Todo ello denota a un militar que aprende a ser político, sin abandonar nunca, ni por un segundo, su naturaleza autoritaria. Y es que la dictadura de Franco no fue instaurada como un todo, en bloque; antes al contrario, el Régimen creció y se moduló a lo largo del tiempo. Durante los primeros años, el General temió su derrocamiento y/o sustitución por otro régimen o, peor aún, por un compañero de armas. Los discursos de Franco en esa etapa fundacional del Estado autoritario persiguen el objetivo de socializar la idea del carácter indispensable de su arbitraje y, por supuesto, de su tarea suprema. Franco creó una modesta, pero eficiente, narrativa de poder y de autolegitimación donde los contrastes (incluso algunas contradicciones) eran menos importantes que los resultados tangibles. Tras la etapa de coqueteo con el Eje, avanzada ya la II Segunda Guerra Mundial Franco puso énfasis en la idea de paz, con la que se mimetizó interesadamente, dejando en segundo plano la busca de una “grandeur” territorial e imperial; en un típico requiebro discursivo de Franco, ahora las metas españolas trascendían lo meramente material, sin renunciar a ello abiertamente, pero centrándose en el liderazgo moral y espiritual de Occidente. Las palabras, en Franco, servían tanto como herramientas a la vez que como armas; lo uno conducía a lo otro, y viceversa. El “idealismo” del régimen era redefinido en los discursos del dictador conforme interesaba en cada momento, al servicio de un objetivo priorizado sobre cualquier otro: el poder; el poder de uno.

La afirmación de la dictadura

Conviene subrayar que el Régimen sólo logró su consolidación transcurridos varios años desde la conclusión del conflicto civil. A la altura de 1940, por ejemplo, la posición del estreñado Caudillo de España no era tan firme como pudiera creerse. Los réditos políticos que Franco obtuvo de la Guerra Civil parecían agotarse rápidamente ante la espiral que exigía la conflagración mundial. La posibilidad de mantener la dictadura con otro dictador fueron un temor –justificado– para Franco y una opción tentadora para sus aliados (en particular, Alemania); paranoia de poder aparte, resulta evidente que sus inquietudes estaban abonadas por sus servicios de información, así como por la ambición de rivales más atentos a la alianza con el III Reich.

En 1942, el temor de Franco es que su régimen pudiera perecer o, incluso peor, que la rivalidad y la ambición internas –conjugada por la presión del Eje– provocasen su caída como líder supremo. Para relevantes forjadores de la victoria militar la auto-imposición como dictador de un colega de armas como “Franquito” fue demasiado difícil de asumir. Queipo de Llano, Yagüe, y otros, jalonaron el proceso de protesta –más o menos contenida– contra un liderazgo que consideraban inmerecido e injusto.

Los movimientos promonárquicos en los primeros años cuarenta eran escrutados por Franco como un desafío personal a su autoridad, pues entendía –y en parte su análisis era acertado– que el objetivo último era desposeerle de los títulos de mando civil que había ganado en la guerra. El nuevo “conducator” había llegado al poder para quedarse; y esto es un principio axiomático de su pensamiento ideológico que aparece descarnadamente retratado en *Raza*. Durar, resistir, aguantar; gobernar, dirigir, mandar. El hombre espartano que cuidaba su salud y su alimentación, el padre de familia que apenas trasnochaba y evitaba los excesos en su vida personal, se cincelaba a sí mismo como una escultura polimorfa en el arte del poder. Su proyecto para España sólo podría fructificar transcurrida, al menos, una generación de gobierno franquista. La retirada de la jefatura del Estado era, lisa y llanamente, una idea impracticable; Franco vivía su magistratura como un “imperator” romano sometido a la voluntad de Dios. Ni siquiera él mismo se consideraba a sí mismo libre de actuar, sino que –en su universo psicológico– el propio Franco se reinterpretaba como un soldado de Cristo en la Tierra, su más fiel y abnegado servidor, hasta el último aliento.

En el sector de oposición política, la división entre las filas republicanas no significaba automáticamente que Franco lograra garantizar para sí el usufructo del poder absoluto. Al mismo tiempo, era esencial en su estrategia maquiavélica que don Juan fuese utilizado –de manera involuntaria por su parte– como dique frente a varias familias internas del franquismo, tales como falangistas y nacionalistas republicanos. Aun en las ocasiones que la cuerda se tensaba, incluso cuando don Juan –lógicamente hastiado de las dilaciones de Franco para afrontar la restauración monárquica– manifestaba su irritación, el Caudillo adoptaba una posición evasiva, rehuendo un altercado político con el heredero legítimo de los derechos dinásticos, no porque el dictador temiese perder semejante pulso, sino porque la imagen de división al más alto nivel podía perjudicar su posición política como gobernante “indispensable” de España. Franco no podía tolerar semejante cuestionamiento público a su status de poder. De ahí que los problemas con don Juan procurase solucionarlos siempre de manera discreta, recurriendo a emisarios o cartas. Aquí también el autócrata español demostró la extraordinaria rentabilidad que tiene controlar no sólo a los amigos sino también a los enemigos. Un líder que pretenda durar en el poder (incluso fuera del gobierno formal) tendrá necesariamente que desconfiar de los aliados y manipular a los antagonistas, usando ambos para sus fines políticos. Franco sostuvo siempre un principio de potestas que, aun disfrazándose con el tiempo, nunca discutió la primacía del caudillaje. Recordemos su discurso en Barcelona del 28 de enero de 1942, donde marcaba un antes y un después respecto a lo que significaba el nuevo régimen político gobernante en España:

"Aquella gran institución que dio tanta gloria, que era popular porque se apoyaba en el corazón del pueblo contra los desmanes de los grandes, todo aquello cayó y se derrumbó; pero no se derrumbó porque viniera la República, no se derrumbó por la masonería; se derrumbó porque había quedado hueca, porque faltaba la base, le faltaba el pueblo y sin su asistencia se derrumbó todo. Nadie sea tan

loco o desalmado que intente edificar sobre arena. Primero tenemos que hacer los cimientos, la base, sobre un pueblo, y cuando haga falta coronaremos esta obra"¹.

En fecha tan tardía como el 1 de octubre de 1949 el oficial diario "Arriba", con motivo de la conmemoración del Día del Caudillo, describía a Franco en los siguientes términos:

"El hombre de Dios, el de siempre, el que aparece en el crítico instante y derrota a los enemigos proclamándose campeón de la Milicia del Cielo y de la Tierra. Le pertenecen por tanto, si hacemos caso del maestro Nicolás Maquiavelo, títulos de Caudillo, Monarca, Príncipe y Señor de los Ejércitos. De Caudillo por su propio esfuerzo de milice; de Monarca por su bien ganada nobleza; de Príncipe por su agudo quehacer político y de Señor de los Ejércitos por su valía, competencia y conocimiento de las tácticas".

Para Franco la victoria era prepotencia. El ganador de la guerra tiene derecho material, pero también moral, sobre el derrotado. El bien y el mal como categorías mutuamente excluyentes donde reside la verdad política del nuevo régimen. Como expresaran sus personajes de *Raza*:

"JOSÉ.- ¿Es que se va a acabar la guerra, y yo aquí? ¡Necesito pasar a la otra zona! Irme con los míos. (Pausa.) Hacerme digno del favor de Dios.

MÉDICO.- Ya irá, ya irá, ¡que hay tela! Mírese en mí. Prisionero de esta gente; siempre vigilado; curando y salvando rojos; ¡es horrible! Muchas veces pienso si no será mejor descarsarse, acabar de una vez. ¡Tantos estamos así!"².

Mesianismo religioso y odio ideológico; ¡extraño cristianismo! El convencimiento que Franco tenía de haber encabezado la regeneración integral de España era sincero. La idea de cruzada la creía a pie juntillas y, por supuesto, él mismo se consideraba el brazo armado de Dios... también después de la guerra. Franco es un hombre del Antiguo Testamento; partidario de la venganza y administrador del castigo.

***Raza* como socialización de la dictadura**

Raza es un aldabonazo asertivo en la auto-conciencia dictatorial del Régimen. El mensaje de la novela se dirige tanto a los perdedores como a los ganadores y, muy señaladamente, la elite en el poder puede captar sinuosas indicaciones a su alrededor. Y aquí surge el uso de metáforas de claro trasfondo político. La presencia de los médicos en la novela es narrativamente tangencial pero moralmente significativa. Los hombres de ciencia encargados de curar y salvar los males del mundo son un remedo de Dios, en cuanto por sus manos pasa la solución a problemas terribles de una humanidad que supura lacerantes heridas... o bien la resignación de un ángel caído, incapaz ya de proveer ese benéfico auxilio. La disposición de los doctores a la redención llega sólo a través de su arrepentimiento personal. Se cura en la medida que uno está curado. Franco, maniqueamente, vincula la adhesión a la causa "justa" con el grado de competencia profesional. Sacrificio, paso intermedio entre la redención y el perdón.

¹ Laureano López Rodó: *La larga marcha hacia la Monarquía*. Barcelona: Plaza y Janés, 1979, p. 28.

² Jaime de Andrade: *Raza. Anecdótico para el guión de una película*, Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco, MCMLXXXI, p. 124.

"JOSÉ.- ¿Por qué no se viene usted un día?

DOCTOR.- No es posible. Sólo así puede redimirse una vida. Tuve un pasado malo, de izquierdismo. Esto me dio influencia y posición en aquella sociedad corrompida. ¿Qué más puedo hacer que ponerlo todo en este servicio?

JOSÉ.- Todo se redime. Nadie podrá negarle un perdón..."³.

La ejemplaridad, pues, resulta a Franco recurso básico para su culto al poder. Ejemplaridad a favor, irreductiblemente, de la conquista del mismo poder que deberá mantener en sus manos para bien de la nación. Esta era el ideal franquista en estado puro; una utopía basada en la ensoñación de España como mito autoritario. De ahí su discurso el 24 de agosto de 1942 en La Coruña:

"Nuestra Cruzada ha sido el Alzamiento que, por segunda vez en nuestra historia, movió a nuestro pueblo a sacudir su decadencia y a alzarse contra lo podrido y lo caduco. Y este Movimiento, en el que todos habéis sido actores, unos porque os correspondió el honor del mando y otros porque tuvisteis el deber de la obediencia, reunió bajo nuestras banderas y batallones a muchos que, ajenos a las inquietudes del Ejército, sintieron en su alma prender el santo fuego del amor patrio, arrastrados por el romanticismo de nuestras consignas"⁴.

En España se produjo un "impulso ideológico pendular" tras la consolidación de la dictadura⁵. Franco fue el promotor de ese giro táctico, reconvirtiendo al Régimen -en su relación con el pueblo- hacia una dirección más empírica, menos doctrinal, en aras al mantenimiento de ciertos principios (caudillaje, jerarquía, dictadura, entre otros). Y *Raza* es el guión precursor de esa mentalidad. En un primer tiempo, el régimen se modula más que se modera. Los vectores ideológicos que nutren el Movimiento quedan conservados prácticamente intactos; no así la imagen de Franco que trasciende a su propia creación política. El Caudillo emerge como un titán de la moralidad, un ejemplo límpido de patriotismo y entrega absoluta. España es su norte, sin desmayo ni descanso alguno.

La Historia es el único y efectivo sustento sobre el que asentar la utilidad del Régimen. Dios es la primera fuente de legitimidad, a través de su mediación para lograr la victoria militar. La idea romántica de resurrección aparece manipulada en *Raza* como elemento cohesivo entre diferentes posiciones. España nunca muere, pues los que encarnan sus valores perennes le otorgan el don de la eternidad. Como el Ave Fénix, lo auténtico permanece siempre, aun transmutándose – o manifestándose- bajo diferentes formas.

"EL JEFE.- ¿Quiere avisar a alguien?

JOSÉ.- No; es mejor que no lo haga. Conviene que quede en silencio mi vida ya que peligrarían las de otros que me han salvado. Todos me creen muerto y mi caso tuvo extraordinario relieve.

EL JEFE.- Es verdad. Hasta aquí llegó. Magnífico, magnífico. ¡Qué alegría para todos! ¡Qué emoción al leer en la prensa roja su conducta! Sí, ya sé yo a quién telegrafiar.

JOSÉ.- ¿A quién?

EL JEFE.- A Moscardó y a los suyos"⁶.

³ Jaime de Andrade: *Raza*, p. 128.

⁴ Francisco Franco: *Pensamiento político de Franco*, Madrid: Ediciones del Movimiento, 1975, tomo I, p. 52.

⁵ Ian Kershaw: *Hitler, 1889-1936*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1999, p. 530.

⁶ Jaime de Andrade: *Raza*, p. 136.

La visión profiláctica de la política delata las peores intenciones de Franco. Así, la afirmación del capitán Anglada reverbera en un eco inconfundiblemente sectario:

"Buen servicio le estamos haciendo a Europa, purgándola de los indeseables de todas las revoluciones. ¡Más gloria todavía!"⁷.

Raza es un relato sin concesiones humanitarias para los tipificados como adversarios de España. La percepción militarista y segregadora de Franco se impone en su prédica del aniquilamiento sobre el antagonista organizado. La vida es lucha; y ésta debe desempeñarse con empeño, fuerza y convicción. Los resabios nietzschianos que, de manera fluctuante y asistemática, aparecen en la psicología dictatorial, revocan –y desembocan- en una precaria pero maniquea cosmovisión que, aún desde la tibieza del ayuno intelectual característico de Franco, incorpora elementos susceptibles de análisis. Hasta el punto de que González Duro haya detectado la consolidación totémica del superhombre⁸. Franco evitó –quizá conscientemente- la prosa delirante de Giménez Caballero; el trovador fascista no escatimó elogios a su personal Duce ibérico⁹. El extremismo ideológico de Franco puede detectarse en otros elementos, más de contenido que de forma.

"Para vencer hay que destruir al enemigo, y antes o después hay que combatir duramente"¹⁰.

Resulta claro que el autor de *Raza* no soporta la estridencia, las salidas de tono, los gritos ni los abucheos. Nada que le aproxime a ese populacho del que tantas distancias toma. Maneras correctas en la expresión, pasión ciega en sus creencias. Los rituales fascistas se funden, por lo general, con actos de acendrado patriotismo, de tal manera que su efecto político -sin mitigarse- resulta menos frontal. El Caudillo asociado a Hitler y Mussolini reconoce su deuda de gratitud pero marca el orden de prioridades. Primero, Franco; el liderazgo personal para consolidar “su” dictadura siempre fue la opción mejor de su ideal político.

"Grupos de soldados con boina y con camisa azul van y vienen entre las tiendas; algunos aparecen sentados a las puertas.

El corneta rasga el espacio con el toque de oración. En el acto, todos se levantan y, cuadrándose rígidos, miran a la bandera, permaneciendo con el brazo en alto mientras la cadencia del toque se esparce por el campamento"¹¹.

Engreimiento y narcisismo de Franco. Se cree a sí mismo indispensable. Y este fue un convencimiento íntimo que gravitó poderosamente sobre su misma concepción de la gobernación del país, que administró en sentido autoritario, aún cuando delegase funciones y otorgase privilegios. Formas, todas ellas, de segmentar, todavía más, a los sectores de los que pudiera surgir una alternativa de cambio en vida de Franco. Éste se concebía como principio y fin de sí mismo, en un sistema de pensamiento circular donde él emergía como nuevo astro iluminante del firmamento político y nacional. La dictadura como instrumento de la ambición personal de poder.

⁷ Jaime de Andrade: *Raza*, p. 141.

⁸ Enrique González Duro: *Franco. Una biografía psicológica*. Madrid: Temas de Hoy, 2000, p. 236.

⁹ De su etapa más combativa ideológicamente tenemos Ernesto Giménez Caballero: *España y Franco*, Ed. de los Combatientes, Cegama, 1938; su libro *Genio de España* (Madrid, Doncel, 1971) mantiene los principios autoritarios de base; de irregular interés puede ser su *Memorias de un Dictador*, Barcelona: Planeta, 1981.

¹⁰ Jaime de Andrade: *Raza*, p. 141.

¹¹ Jaime de Andrade: *Raza*, p. 140.